

Vivía en Barcelona, mi ciudad natal, cuando empecé a escribir poemas. Mi impulso inicial se lo debo a la llegada a la cátedra de literatura de su universidad de José Manuel Blecua (1959), quien nos lanzó casi de inmediato sobre San Juan de la Cruz. De hecho una de mis aficiones de aquellos años era ir a remar al puerto —entonces era posible— con una amiga. Cuando de regreso nos separábamos, yo seguía el camino andando. En estas caminatas acudían a mi mente poemas con música, los canturreaba y, al llegar a casa los escribía.

En el año 1960, tras elegir la rama de Románicas, fui alumna de Martín de Riquer (conservo todos los apuntes de clase, notas personales, y los dos libros que manejábamos). Supe entonces que en el siglo XII, en Provenza, no se limitaban los hombres a escribir poemas, que eran cantados, si bien por el momento solo se conocían dos mujeres que lo hicieran. Sobre una de ellas, la Comtessa de Dia, escribí mi trabajo de fin de curso.

Sucedió algo más. Mi madre era clavicembalista, mi padre editor y poeta. Entre los discos que había en casa, sin duda alguno contenía cantos de trovadores pues cuando Riquer nos leyó el poema Bernat de Ventadorn que se inicia: «*Can vei la lauzeta mover/ de joi sas alas contral rai*», enseguida le puse su música.

Todo esto explica que en mí rondara un sentimiento de proximidad con la poesía provenzal, intensificado a partir del momento en que entré en contacto con his-

panistas francesas y fui a Toulouse. Ya en estos últimos años, al plantearme el presente libro, su entusiasmo y su apoyo ha sido más que un estímulo; ha sido lo que el filósofo español Emilio Lledó define tan bien cuando en su libro *Fidelidad a Grecia* insiste en el hecho de que somos el animal que habla, y sutilmente añade: el que «se hace al hablar», se hace persona. Y «*persona* —concluye— era la máscara teatral que, gracias al espacio que quedaba entre esta y la boca del actor, la palabra resonaba —hemos de resonar en los demás—, y con la música despertamos un universo de *consonancias*»¹.

Por ello quiero dar las gracias más efusivas a quienes, en este caso, me han ayudado a «consonar»: por su entusiasmo a Michèle Ramond, Milagros Ezquerro, Solange Hibbs y Modesta Suarez (sin olvidar, aunque no se relacionen directamente con este proyecto, a Evelyne Martín-Hernández y a Nadia Mékuar Hertzberg). Ahora bien, dando un paso más, lo cierto es que no tengo palabras para agradecer la benevolencia de Vincent Ozanam y Gérard Zuchetto, que han leído mi trabajo y revisado mis traducciones, aportando valiosas sugerencias. Y qué voy a decir de mi gratitud inmensa a Eric Fraj, que hizo lo propio y, además, me puso en contacto con la occitanista por excelencia Miquèla Stenta. Esta miró con lupa y analizó todo el libro aquí presentado, el cual, sin su exigente y profunda revisión, no habría podido ser llevado a término con todo el rigor requerido. Posteriormente me envió algunas de sus publicaciones —figuran en la Bibliografía— a través de las cuales se me han revelado numerosos nexos suti-

1. Lledó, E. *Fidelidad a Grecia*, Cuatro Ediciones, Valladolid, 2015, p. 42.

les de lo recogido en esta publicación con su entorno histórico-literario. Nunca podré olvidar su amabilísima disposición.